



AFECTO ANVERSO
(fallido ensayo de pesimismo)

Julián Morales Sánchez

AFECTO ANVERSO
(fallido ensayo de pesimismo)



Primera edición: diciembre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Julián Morales Sánchez

ISBN: 979-13-87909-76-5

ISBN digital: 979-13-87909-77-2

Depósito legal: M-26803-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Al niño de los años perdidos.
23 de junio de 1966 - 13 de agosto de 1989.
Que siga descansando en paz.*

DESCRIPCIÓN DE LA OBRA

Inventar lo que se entiende.
Oír sin descifrar.
Ver sin entender.
Comprender nada.

Afecto anverso es el segundo poemario de Julián Morales Sánchez (Madrid, 1966), tras *Efecto perverso*. Si en su primera obra el escritor se posicionaba en el momento previo a la creación poética, en el pacto tácito entre el autor y sus vivencias, con la intermediación siempre interesada de la palabra y el juego, en este caso se adentra en la introspección como bisturí para desentrañar la chispa motriz que incardina y desencadena ese juego poético, el chispazo que da vida a la forma y la alumbra de idea y presencia.

Para ello, y contraviniendo algunas normas no escritas de la poesía, opta por el destierro de la segunda persona, ya sea del plural o del singular, para poblar ese yermo cambiante entre el *yo* y el *él* de todas las herramientas dialécticas necesarias para que brote la vida o, al menos, la apariencia.

Distinguir ambas sin ninguna carga moral, sino, simplemente, como brújula creativa, como artificio para una nueva geometría, es el mandato autoimpuesto en este trabajo que desconfió del pasado, del recuerdo y de la esperanza para construir y paralizar un perpetuo instante de duda y pensamiento, un duelo a muerte con la imagen que cada día nos muestra el espejo.

MANDAMIENTOS

Para saber lo que pienso,
ensuciaré muchas hojas
y quemaré los días
en mi propio fuego.

Para llegar,
correré muchas leguas
y aprenderé primero
qué es una legua.

Perderé
todas las apuestas menos una,
tendré una linterna
y romperé la escudilla.

Para hablar a la gente
con el corazón en la mano
—venas oscilantes
y arterias como trenes melancólicos—
deberé ofrecer una prueba de odio,
de madera y de un tejido
tan basto que hiera mi garganta.

Para dar consejos a las ardillas,
tendré que engarzar
sus ojos de negras lágrimas,
coser una prenda con sus párpados
y deslizar mis dedos por un guante
vuelto con el cuero esquivo
de su pellejo.

Para dirigirme con autoridad
a los coches, a las cuberterías
y al frío aliento del electrodoméstico
habré ya pasado mis heridas abiertas
por todos los enchufes,
por instalaciones fotovoltaicas
y pantallas de distinta calidad y formato.

Para mirar de frente al amor
—el de los romances—
apoyaré mis codos abiertos
y volcaré el horizonte,
hundiré los dedos
en ríos falsamente tranquilos
y habré lijado mi piel
con flores secas y envoltorios.

Para querer —tan solo— escribir,
habré solucionado
el rompecabezas de las nubes,
el latido imperceptible de la línea,
la mínima doblez de la mirada
y esa enorme falta de gravidez
que pesa en las conciencias.

Para estar solo, venderé
—en puestos callejeros,
en empresas bursátiles—
los parches de mi alma
apenas heridos de viento,
pignoraré todos mis momentos,
los de desembocadura y muchedumbre
los de personas que ya no soy.

Para limpiar la mirada revisaré
la llamarada de mis alegrías,
la tristeza amortizada o
la infusión de melancolía tibia
que sana y da arcadas.

Para entender lo que escribo,
ahogaré mil suspiros,
lloraré muchas lágrimas, tan lentas,
hasta hacerlas redondas
y reiré muchas risas
hasta dar con la música adecuada.

Para distinguir si existo,
deberé asesinar mi reflejo más temido
en la esquina aguda de la vida
y con toda esa sangre blanca
pintaré la cara del bosque.

Resumiré en dos todo mandamiento:
brindaré la imprevisible derrota de mi orgullo
a los ávidos ojos y a las mejillas limpias de la aurora

y ofreceré en sacrificio al primogénito de mis fracasos
para conjurar una certeza tardía, salpicada de sonrisa,
ocaso, serenidad y muerte.

BRINDIS INICIAL

Me brindo,
como el cristal de los suspiros,
a empezar desde la pertenencia.
Me ofrezco a nacer, a yacer
sobre el escombros o la brizna,
el recuerdo o la bitácora,
el sueño o la crónica,
la agenda o la nostalgia,
la novela o el calendario,
la piel dulce de los días
o el pañuelo leve de la pena.

Esgrimo,
como el sable de la penitencia,
el estandarte flamígero y perdedor
de mi ánimo ocre,
de mi despertar iracundo.

Lo arrastro,
como un rosario de lejanías
por manantiales
de aire y antebrazos,
por la vegetación callada

que se aprieta
en el albor de las miradas,
por aquellas soledades
de pirámide que rasgan
la cartografía de las nubes.

Abro,
en el exilio del aquí y el ahora,
un discurso de bisagras y deseos,
de hechos concretos y brisa,
un astil de verdad y filo
para vencer la lenta arcada del hogar,
apelmazada por el barro
del engaño triunfal tantas veces
contado o inventado.

Me brindo a todo
lo que excede o transpira:
a las promesas del calendario,
al compromiso de tendones y vísceras,
a pactos no firmados con mi conciencia,
a lo que pervive a punto de ser derribado.

Pero si no quiero describir,
si no entiendo que
solo contando me cuento,
me respeto y me represento,
mueren en un delta de papel,
en hemorragias tras los párpados,
la narrativa del reloj,
el tejido sutil de las conversaciones,

el rumor postergado de las flores,
las plumas de los sentimientos,
el hiriente penacho de lo mío o
la línea continua de los días.

REFLEXIÓN ALUCINADA

Invitadas las sombras,
expuestas a la vacilante penumbra
de artificio y alambre,
mi hiriente relámpago
proyecta sobre el techo
una extraña espesura de arañazos,
un costillar arborescente,
un claroscuro de otoño
falsamente brillante.

En ideas al azar
duermen imperios y crece
el bulbo de todas las maldiciones.
Palabras serenamente recitadas,
recuerdos adecuadamente ordenados
hablan de corazones sacrificados
y lenguas arrancadas.
Al otro lado de mi conciencia intuida,
me abandonan experiencias deshechas
en sendas nevadas, ciudades de antorchas
o lujuria y verdor de selva.

Al ocelote de mi impaciencia
culpaba de la llaga continua,
del goteo lento hacia la locura.
Contagiaba con alas de papiro
a las voces, al silbido,
a los pasos y a las sombras,
a la lepra dulce del desánimo.

Muecas de luz plana y sombras,
en una danza horrible y cercana
con el holocausto de las
bombillas, hacían perder
colmillos y plumaje a los abanicos
y encharcaban de rojo
el latir de los manteles.

Percibía esa inquietud
que moría entre estertores,
sinfonía de capilar y membrana.
Su bizarra resistencia,
sus aliados de chispa y tejido
carcomen la seda de mi mente
y, erizados por el escalofrío,
en una lisura gris de piedra,
semejanza, humedad y aceptación
alisan los pliegues que me hacen yo.